

La locura lúcida estudiada y considerada desde el punto de vista de la familia y de la sociedad

INTRODUCCIÓN (II)⁸

Acabamos de ocuparnos de alienados fáciles de reconocer, y que sin embargo no han sido conocidos como lo que eran durante mucho tiempo. Hay otros cuyo examen ofrece más dificultad, y que no son ni más razonables ni menos peligrosos. Éstos no matan, es verdad, pero hacen morir poco a poco a aquellos en medio de los cuales viven. Muchos de ellos parecen personas sensatas, tienen los modales más cautivadores, son encantadores ante el mundo, en el cual les gusta destacar. Dotados de dominio sobre sí mismos, reservan, unos sus caprichos y sus exigencias, otros su orgullo hiriente, cierto número sus arrebatos de furia, para la familia. Hay tal marido al que se le presentan respetos halagadores en cuanto al carácter amable de su mujer, y que, en realidad, sólo recibe de la parte de esta mujer elegante, cuyo discurso es tan puro y tan correcto en los salones que frecuenta, injurias expresadas en el lenguaje más grosero, el más obsceno algunas veces. El infeliz, que no pudo dar crédito a sus oídos las primeras veces que fueron heridos por semejantes ataques, se aplica con todos sus esfuerzos en dejar que se desconozca su sufrimiento; no existe virtud más digna de mérito que ésta, pero la tarea supera pronto o tarde el límite de sus fuerzas, y el deber mismo le obliga a sustraerse a una tortura semejante. Perdería en ello su vida activa, su trabajo, ya no podría hacer nada en provecho de su familia. Hemos conocido a un hombre de gran inteligencia que, desgarrado, abatido por las fatigas de este género de combate, había caído en la inercia, en una caducidad aparente, y sólo recuperó sus recursos, la vivacidad y la potencia de su espíritu cuando consiguió desvincularse. El matrimonio es un nudo indisoluble, pero no es indisoluble más que entre personas dotadas de razón. El matrimonio con el alienado, con el alienado incurable, no es matrimonio; pues en él, a pesar de una paciencia inagotable y una virtud sobrehumanas, la indisolubilidad está lejos de ser siempre posible⁹.

Algunas veces es el marido el que atormenta y la mujer la víctima. Veremos, en una de nuestras observaciones, a una madre de familia que ocultó durante varios años, hasta el día del suicidio de su marido, los tormentos que éste le hacía

⁸ U. TRÉLAT, *La folie lucide étudiée au point de vue de la famille et de la société*, París, A. Delahaye, 1861. El texto traducido corresponde a la segunda parte de la Introducción, pp. 7-16.

⁹ Véanse los capítulos VIII, IX, X, XIII, y sobre todo el capítulo XIV de este libro.

sufrir cada noche. Era razonable durante todo el día, y nadie sospechaba de su enfermedad¹⁰.

Hemos conocido a otro matrimonio en el que los arrebatos maniacos del marido, aunque de una gran frecuencia, fueron absolutamente ignorados durante diez años. Sólo fueron revelados por el marido mismo. En el tiempo de calor, algunos amigos habían ido a cenar al campo, a casa de los esposos. Después de comer, estaban todos sentados en la terraza, frente al río; miraban los barcos que pasaban por el agua. La conversación era agradable y dulce como el aire que respiraban. De pronto ese maniaco, cuyos accesos no habían estallado hasta entonces más que puertas adentro, se ve alterado por una palabra y entra en estado de furia. Arranca el tocado de su mujer, alborota su melena, le hace rodar en torno a su brazo, y arrastra a su víctima por la arena de la terraza. Los presentes tiemblan, lo rodean, intentan calmarlo; es ella quien lo calma: «Vosotros ignorábais todo esto, amigos míos, aunque dure ya desde hace más de diez años. Me compadecéis, y tenéis razón en hacerlo; pero compadecedme por lo presente más que por lo pasado, pues mi mayor desgracia es la que me sucede hoy: que conozcáis lo que yo tenía tanto gusto en ocultaros. Lo que acabáis de ver, lo sufro regularmente dos o tres veces por semana».

El martirio de esta pobre mujer, joven todavía, sólo se prolongó dos años tras esta escena. Los accesos del maniaco se hicieron más frecuentes y adquirieron una violencia tal que fue preciso llevarlo a un centro de tratamiento, donde murió de una meningitis. Había habido varios alienados en su familia.

Pinel habla de estos enfermos que dan las repuestas más justas y precisas, leen y escriben como si su entendimiento estuviese perfectamente sano, y que, en singular contraste, destrozarán sus vestidos, desgarrarán sus mantas o la paja de su lecho, y encontrarán alguna razón plausible para justificar sus desvaríos y sus arrebatos¹¹.

He aquí dos observaciones de la misma naturaleza referidas por Esquirol:

«La señora X... habla al primero que se encuentra contra su marido, lo acusa de mil defectos que no tiene. Inconsiderada en sus palabras, revela secretos que una mujer mantiene habitualmente ocultos; imprudente en su proceder, se expone a justas sospechas. Aunque su marido y sus padres quieren hacerle algunos reproches, ella se enfada y asegura que la calumnian. – Cuenta a unos y a otros mil hechos inventados, intentando difundir el descontento, la disensión y el desorden. Parece que el demonio del mal inspira sus palabras y sus

¹⁰ Véase el capítulo XI, 67.^a observación.

¹¹ *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale*, por Pinel, 1809, p. 93. – Véanse también las pp. 155, 156, 157, 158 y 159.

acciones. – Si está en sociedad, dispone su actitud con tanto cuidado, que los más alerta se desdican de su juicio. Toma parte en la conversación, dirige palabras amables y halagos a las personas que ha criticado la víspera o la misma mañana».

«Otra enferma cree tener una inteligencia superior y ser víctima de la ignorancia de su marido, el cual, *no entendiendo nada de negocios*, se habría arruinado sin ella. – Ella lo contraría, lo injuria y acaba por tomarle aversión. Sus quehaceres, el arreglo de la casa, sus hijos, quedan descuidados. Va y viene por todas partes, agotando a todo el mundo por su locuacidad y por sus pretensiones. Reitera incluso a extraños sus quejas, sus proyectos, sus esperanzas. Descontenta con todo lo que hay en su casa, anuncia la intención de desembarazarse de cuanto hay en ella, lo cambia todo de sitio, hace gastos exagerados o incluso ridículos. La aversión por su marido aumenta; quiere abandonar la casa conyugal.

»Destinada a un centro, habla de la superioridad de su inteligencia y de su capacidad, trata con desdén a los otros internos, a los directores, a los empleados, a los sirvientes de la casa; se queja de todo.

»Durante una estancia posterior en el hospital de Charenton, la misma enferma, con las mismas tendencias, se muestra más cautelosa, en la esperanza de obtener más rápidamente la libertad. Escribe al prefecto de policía, a los magistrados, a abogados, cartas cuya redacción engaña a las personas a quienes son dirigidas. Hasta en medio de sus accesos, la señora X... se contiene en presencia de extraños y de personas a quienes quiere convencer de su buena salud intelectual y moral. Jamás dice una palabra fuera de lugar o inconveniente delante de esas personas. Todas sus afirmaciones y todas sus acciones tienen justificación. Hace padecer sarcasmos y desdenes a aquellos que cree débiles, y cede desde que se le opone una resistencia enérgica. Finge, recurre a la mentira para engañar más fácilmente y llegar con más seguridad a sus fines. Alienta la insubordinación. Es una tortura para los centros a los que es destinada»¹².

Estos enfermos deliran en sus actos, pero no deliran en sus palabras. Su falta de razón sólo se conoce desde el interior y no se muestra afuera. Es entre ellos en donde se encuentran un número bastante grande de seres ora considerados como alienados, ora como malhechores, y que han residido alternativamente en los asilos y en las prisiones.

Entre ellos se ve a quienes poseen una fuerza poco común en la discusión, quienes tienen el don de la réplica y buscan constantemente la ocasión de hacer brillar su espíritu. «De estos enfermos, dice Guislain¹³, los hay que son capaces

¹² Esquirol, *Des maladies mentales*, 1838, t. II, pp. 49, 50, 51, 52, 53, 56.

¹³ *Traité théorique et pratique des maladies mentales*, Gand, 1852.

de desarmar a quienes razonan con gran rigor. A veces sus controversias no pueden ser más espirituales. Recuerdo una señora que era un verdadero tormento para mí, como para todas las personas del centro. Cada vez que se emprendía una conversación, yo tenía que luchar contra los ataques con que ella pretendía superarme en elocuencia. A todas mis respuestas se les hacía pasar por la prueba del análisis, y ello con una profundidad de miras que sorprendía a todo el mundo».

Los alienados lúcidos pueden pertenecer a las diferentes categorías de la locura. Los imbéciles y los de inteligencia débil son lúcidos, y su incapacidad intelectual y moral no siempre basta para hacer que se los reconozca rápidamente. Hemos visto muy recientemente a un padre respetable en todos los sentidos verse obligado a pleitear durante tres años para reconquistar el derecho de custodiar a su hija imbecil. Una institutriz, que en su cuidadosa atención él mantenía cerca de ella, aprovechó de su influencia para raptarla del domicilio paterno, y es sólo al cabo de esta larga lucha y tras haber prodigado más de veinticinco mil francos, cuando pudo hacer fracasar las codiciosas intenciones de esta urdidora de intrigas¹⁴.

No es extraño que los imbéciles se casen. Se desposa a una joven por el lustre de su rostro, y he aquí una pobre incapaz sobre la que pesa la responsabilidad de una casa. El cuidado del hogar, el empleo del dinero, la higiene, los niños, todo ello es abandonado, y al cabo de poco tiempo, la madre de familia es enviada a uno de nuestros asilos, donde encuentra el lugar que le es debido. Existe aquí, en Salpêtrière, un número bastante grande de imbéciles madres, y hemos visto a dos de entre ellas visitadas por sus maridos igualmente imbéciles. Así se perpetúan las razas.

Los sátiros y las ninfómanas, los monomaniacos, los eróticos, los celosos, son por lo común lúcidos, así como los dipsómanos en sus momentos de remisión, los despilfarradores, los orgullosos, los malvados, los cleptómanos, los suicidas y un cierto número de abúlicos y de maniacos¹⁵.

Hay maniacos que, incluso en sus más violentos accesos de furia, pueden responder y responden siempre de manera justa a todas las preguntas que se les plantea. No pasan por alto nada de lo que ocurre a su alrededor, prestan atención a todo, lo utilizan todo en provecho de sus malas inclinaciones. Los locos lúcidos,

¹⁴ Podrá leerse esta observación en el capítulo 1.º de este libro.

¹⁵ Hemos consagrado capítulos distintos a los monomaniacos, los eróticos, los celosos, los dipsómanos, los despilfarradores, los orgullosos, aunque un gran número de todos estos enfermos no sean, a decir verdad, más que monomaniacos; pero cada categoría, desde nuestro punto de vista, nos ha parecido tener suficiente importancia como para que deba ser considerada separadamente. Bien se entiende que cuando mencionamos a los celosos, los orgullosos, los malvados, etc., no pretendemos hablar más que de los celosos alienados, los orgullosos alienados, los malvados alienados, etc.

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

maniacos o monomaniacos, son los alienados de los que más duda la gente distinguida, y sin embargo los más perniciosos¹⁶.

Es por sus antecedentes por lo que se llega a saber que están locos, más que por lo que dicen en una conversación, donde a menudo no dan un paso en falso. No podría decirse hasta dónde llega el dominio que los alienados lúcidos pueden ejercer sobre sí mismos. Algunos de ellos tienen las ideas más locas, tales como la de una transformación de nombre, de títulos o de personas; la de creer, por ejemplo, que el alumno interno o externo que viene todos los días al trabajo del asilo, es un príncipe o el hijo de un príncipe extranjero. ¡Pues bien! podrán ocultar y dejar que los demás desconozcan esta concepción delirante durante varios meses, durante seis meses, durante un año, hasta el día en que, desesperando por vencer la resistencia que los retiene, su secreto les escapará de pronto en un momento de orgullo o de cólera. Nosotros siempre hemos estado satisfechos de mantener una gran paciencia a lo largo del tiempo, y desde hace veinte años que el asilo al que ofrecemos nuestros cuidados nos ha sido confiado, no nos ha sucedido todavía una sola vez el tener que lamentar nuestra espera. Un día el magistrado quiso la salida de una enferma a pesar de nuestra apreciación. Esta enferma fue devuelta a la libertad, pero como era incapaz de hacer uso de ella, no tardó en volver hasta nosotros.

Vamos a examinar estos alienados lúcidos en las diferentes categorías a las que pertenecen, y por muy triste que sea nuestra conclusión, no renunciamos a hacer que nuestros lectores la compartan.

Estos enfermos son casi todos incurables. Es preciso que los que están dotados de razón los conozcan para no ligarse en absoluto ni entrar en relación con ellos.

Su historia llena las páginas de este libro; pero los capítulos II, III, VIII, IX, X y XIII están consagrados a los más temibles, sobre todo los capítulos VIII, IX y XIII. En ellos se encuentran clasificados los alienados lúcidos más peligrosos¹⁷, los más difíciles de reconocer, los que se introducen más fácilmente en nuestras familias y no pueden aportar en ella más que la desgracia.

(Traducción: Héctor Astudillo del Valle)

¹⁶ Consideramos oportuno citar aquí de nuevo a Guislain: «Desde el punto de vista de la medicina legal y de todas las cuestiones que pueden ser de interés para libertad, la fortuna, el destino del hombre, el estudio de estas alienaciones exige toda la solicitud del médico. En la apreciación de estas afecciones, tendrá que luchar a menudo contra la falta de experiencia de aquellos a los que debe ilustrar, y muy a menudo su opinión será considerada como una tendencia que lo lleva a no ver por todas partes más que alienados; pero, habitualmente, tristes realidades acaban por abrir los ojos a los menos clarividentes, y dar la razón al facultativo».

¹⁷ Los más peligrosos, porque son los menos temidos, y porque, sin conocerlos, en absoluto desconfiamos de ellos.